Segunda Serie. Tercero correspondiente al mes de Octubre de 1853. Num. 57.

EL DIVINO VALLES.

PERIÓDICO DE MEDICINA ESCLUSIVAMENTE ESPAÑOLA

POR

D. Mariano Gonzalez de Sámano

REDACTOR ÚNICO.

Se publica en Barcelona y sale seis veces al mes.—PRECIOS DE SUSCRIPCION.—Para la península é islas ayacentes: Por un año, 40 rs. Por medio, 20.—Para el estrangero: Por un año, 60 rs.; por medio 30 rs.—Las suscripciones empezarán á contarse desde primero de año ó desde primero de Julio, aun cuando se hiciesen en los intermedios de estas épocas. recibiendo los interesados todos los números que les correspondiese.—Los remitidos, francos de porte, sin cuyo indispensable requisito no serán admitidos, se dirigirán á D. Mariano Gonzalez de Sámano. redactor único, en Barcelona.

SECCION PRIMERA.

LITERATURA MEDICA.

Articulo editorial.

Los *viages médicos* son sin disputa, una de las fuentes que enriquecen mas la terapéutica y adornan á la literatura médica; al mismo tiempo que, de conocida utilidad, para aquellos quienes los emprendiesen.

[*Vean el número* 55].

Generalmente hablando, dos objetos suelen llamar la atencion de los profesores que emprenden *viajes médicos*: son aquellos, el conocimiento de las enfermedades endémicas y populares de los paises que visitasen, y el de los que, hubiesen sido motivo predilecto de su estudio.

Respecto á la adquisicion de datos, capaces á formar una idea científica y completa de los primeros; no es posible conseguirlo de buenas á primeras. Las enfermedades de que tratamos, llamadas por algunos bien y oportunamente populares, reconocen causas y presentan caracteres tales, que no es posible adquirir de ellas el profundo conocimiento deseado, sin haber antes meditado bien lo que cuesta la apreciacion de la naturaleza de ellas mismas. Por esta sencillísima razon, si bien es cierto deben empezar su carrera los jóvenes estudiosos; tambien es una verdad irrecusable, que su antorcha deberá ser una esperiencia acreditada. Solo por este camino, es como los médicos jóvenes que *viajasen*, llegarán á conocer la senda que les libertaría de no caer en un abismo, cual seria: *la confusion del entendimiento no acostumbrado todavia á los estudios y trabajos difíciles.*

Ocupémonos ahora, levantar mano, de aquellos otros conocimientos que, *hubiesen sido objeto predilecto* del estudio del profesor viajante. En este caso, han debido iniciarse y aun enterarse muy particularmente, de todo aquello que pudiese y sirviera á multiplicar los conocimientos necesarios en la materia. Caminando de esta manera y con tan calculadas prevenciones, no es muy posible una alucinacion y si por el contrario, hallar el camino de conseguir cuanto se deseare.

Mas no se deduzca de estas premisas, que una ligera incursion por paises estraños y un trato superficial de dias con sus comprofesores, son caminos suficientes para adquirir cuanto se apetece y desea por medio de los *viajes médicos*; cuantos comprofesores pudiéranse citar, los cuales con haber hecho un paseo á la ligera por los reinos estranjeros y haber aprendido en sus vuelos veloces, cierta afectacion y tecnologia, no tan solo se creen unos sabios, sino que, son juzgados como á tales?

Y sin ser merecedores á esta cuasificacion, porque lo primero que el profesor debe saber aprender cuando quiera profundizarse en el conocimiento de esta clase de males, es el influjo de las constituciones epidémicas reinantes en cada pais, y es bien sabido de todos, que estas cualidades, no se adquieren en un puñado de dias.

Este error si se quiere involuntario, dá margen á otro y es, la facilidad con que los médicos que viajan sin hallarse adornados de los requisitos referidos, caen en un empirismo hasta poco razonado. Admiradores

Ayuntamiento de Madrid

como es natural, de todo lo estraño á sus creencias y doctrinas, y sin el suficiente tiempo en sus viages para justipreciar la futilidad de algunos métodos encomiados sobre manera, como ni tampoco el ningun valor de algunos medicamentos misteriosos y secretos; dificilmente abjuran de estos errores, por mas tiempo que trascurriere y por mas desengaños que notasen.

No son menos recomendables los conatos del facultatívo que viaja, con el fin de perfeccionarse en el conocimiento y terapéutica de aquellas enfermedades que fuesen de su especial estudio. Es muy comun y frecuente, el reparar que muchos jóvenes, apenas concluyen su carrera, se trasladan á otras escuelas nacionales y estrangeras con el laudable objeto de ensanchar y engrandecer la esfera de sus conocimientos en un ramo especial de las ciencias médicas (1).

Pues en este caso, si no se eucontrasen muy bien instruidos y enterados de aquella misma clase de do lencias en cuyo estudio quisiesen sobresalir, nunca podrian en un reducido espacio de tiempo, perfeccionarse segun y en los términos que habian pretendido. Ademas que, harian un ridículo papel como profesores, en el mero hecho de verse precisados á confundirse con los mismos alumnos de aquella asignatura, á la cual, correspondiese la materia, objeto de un estudio escogido y predilecto.

Y mucho mas le haria todavia, si como era natural, contaban con un tiempo limitado para ponerse á la altura de un ramo práctico cualquiera. En este caso, debe obrar la madurez, el cálculo de entonces y hasta el amor propio si se quiere. ¿Que se diria del profesor que, para especializarse, digámoslo asi, en tal ó cual ramo de la ciencia, gastase tiempo y mas tiempo en el punto ó lugar á donde se hubiera dirigido con este fin esclusivo y volviese poco mas ó menos, tal como se marchó? Se diría lo que por desgracia oimos casi todos los dias de algunos médicos puros, los cuales con el firme propósito de revalidarse de cirujanos, abandonan sus partidos y obligaciones para trasladarse á una de las facultades de primera clase, los cuales, hubiese sido casi mejor, no se hubieran movido. Es tanto mas de aconsejar esto, cuando el *viagero* lo hiciese con el objeto de perfeccionarse en un ramo de medicina operatoria. En esta parte, si que no hay engaño ni puede haber disculpa: el vulgo médico y los profanos todos á la ciencia, discurren y con razon acerca del saber de un operador, segun los resultados materiales obtenidos en su práctica, de modo que, bien puede ser un Arguñosa, pero no pasará de un mediano cirujano si los hechos no corresponden á las esperanzas concebidas y fundadas en sus *viages* para estudiar y perfeccionarse en aquel ramo operatorio.

(1) Como un bosquejo en prueba de este artículo, podríase recordar que hace unos años, convencidos los médicos puros de su ruina inevitable á no hacerse cirujanos; algunos de ellos, han abandonado sus partidos y lugares y trasladándose á una facultad de primera clase, en la cual como si fuesen unos mozalvetes, han vuelto à estudiar la ciencia. No estamos por los estremos, y creemos haberlo manifestado mas de una vez.

SEGCION CUARTA.

VARIEDADES.

Hallamos altamente filosóficas estas cartas (1) y una mejor prueba de la erudicion de los profesores médicos en general; para que dejásemos de publicarlas, en medio del mucho tiempo que ha trascurrido desde que se escribieron.

CARTA

de un médico á un eclesiástico,

SOBRE LA NECESIDAD DE HACER ENTRAR LA HIGIENE Y LA AGRICULTURA EN LOS ESTUDIOS DEL CLERO.

En su apreciable del cuatro me manifiesta V., señor cura, su infundado temor de que los clérigos se hagan materialistas, si estudian la fisiologia y la higiene; si estudian al homhre físico; porque, dice V., no ha conocido ningun médico que no sea materialista cuadrado.

I.

Esos que V., llama médicos, señor cura, puede V. estar seguro que, de médicos, solo tienen el nombre: pero supliendo con la astucia todo lo que ellos mismos conocen les falta de ciencia, uno de los ardides que para enbaucar al prójimo, emplean, es el de proclamar en tono dogmático *la existencia única, esclusiva y eterna de la materia.*—¡Esta absurda doctrina halaga tanto la sensualidad!....

II.

Algunas nociones superficiales de la ciencia del hombre, acompañadas de mucha vanidad, conducen, es cierto, al materialismo, particularmente en ciertas épocas: pero un estudio profundo de la misma ciencia hace al hombre religioso; ya descubriendole *la dualidad humana*; ya inspirándole sentimientos elevados, que nacen de la contemplacion de si mismo y del universo; ya dándole ideas grandes que, de deducion en deducion, le llevan hasta la idea tan inmensa como consoladora, de la existencia del supremo hacedor.

[1] La pimera se publicó en el n.o 55.

Ayuntamiento de Madrid

No hay médico verdadero, señor cura, que no profese esta sabia doctrina: los curanderos con diploma son quienes la desconocen: ¡tal es la imposibilidad en que se hallan de elevarse á las altas regiones de la verdadera metafísica!—¿Y puede haber verdadera ciencia sin una buena metafísica, que le sirva de base?—No.

III.

Deseche V., señor cura, vanos temores. La verdadera ciencia jamas perjudicará al sacerdote, ni á la iglesia, ni al Estado: todo lo contrario; porque un clero sabio y virtuoso contribuirá iucalculablemente á la felicidad de la Nacion.

IV.

El influjo de nuestro físico en nuestro moral y de este en nuestro físico, son cosas incuestionables: aunque nos sean desconocidos los lazos que unen á los dos principios que animan nuestro doble ser.

Estamos pues reducidos á no conocer mas que la existencia del *yo vital* y la del *yo moral*; los actos que estos principios ejecutan; los órganos por medio de los cuales ejecutan estos actos; y la legislacion vital, intelectual y moral á la que el criador sugetó nuestras funciones.

Ahora, si es tanta la dependencia en que están nuestros actos intelectuales y morales del *yo vital*; como la que observamos en nuestras funciones fisiológicas respecto del yo moral ¿podrá caber duda en que el teólogo y el moralista tienen tanta necesidad de estudiar al hombre físico, para conocer (lo mejor posible) al hombre intelectual y moral; como tiene el médico de estudiar al hombre intelectual y moral, para conocer al hombre físico?

V.

Mas vengamos ya al terreno de la práctica. En este terreno, señor cura, verá V. las pruebas mas incontestables de las verdades que acabo de anunciarle.

Cuatro son los temperamentos reconocidos por los fisiologos: 1.° el sanguino; 2.° el bilioso; 3.° el nervioso; 4.° el pituitoso.

En la formacion y desarrollo de los temperamentos tienen poderosísimo influjo los climas.

Cada temperamento influye á su vez en el alma humana, haciendo predominar en ella diferentes afectos; pasiones diferentes.

Este influjo del hombre físico en el hombre moral es análogo al que el clima ejerce en el hombre fisiológico; y produce las pasiones que, en último análisis, se reducen al placer y al dolor.

VI.

El hombre sin pasiones seria un autómata. Pero ese autómata sin sentimiento, sin amor, sin odio y sin libertad no es la obra de Dios: es el parto de la imaginacion de téologos delirantes, ó de filósofos cuyas cabezas se hallan todavia mas vacias de razon, que las de los téologos escolásticos.

VII.

Las impresiones que los objetos esternos causan en nuestros sentidos se llaman *sensaciones*, Estas trasmitidas al *yo moral*, se convierten en *sentimientos*: y los sentimientos, mas ó menos exaltados, se llaman *pasiones*. Concluir con las pasiones, seria concluir con el sentimiento moral; seria destruir el sentido moral, seria acabar con el hombre.

VIII.

Pero ni la sana moral, ni la verdadera religion quieren eso. Es indispensable que el hombre sea capáz de amor y de odio, para que pueda amar la virtud y aborrecer el vicio. Las pasiones son pues un bien: y la verdadera filosofia y la religion verdadera no pueden tener por objeto destruir las pasiones, pues estas son atributos esenciales del *yo moral*. El verdadero objeto de la religion y de la filosofía es dirijir nuestros sentimientos por el camino de la verdadera felicidad, que no puede axistir sin la virtud.

IX.

Ahora los encargados de tan alta mision deben conocer al hombre; á todo el hombre: porque sin esto es imposible dirigirle con acierto. Y tal es el objeto de la union de la higiene con la moral y con la teología.

X.

En efecto: el desarrollo de la perfectibilidad humana no se puede conseguir sin que el hombre contraiga, desde muy temprano, tres especies de hábitos: 1.° los que tienden á conservar en buen estado los órganos de que se compone su cuerpo, y especialmente los sentidos; 2.° aquellos que influyen poderosamente en el progreso de su razon; 3.° los que acostumbran su alma al amor del órden.

XI.

Y si esto es incontestable ¿quién podrá dudar, no ya de la utilidad, sino de la necesidad del estudio de la higiene en los *seminarios nacionales*? (1)

---

(1) Los seminarios eclesiásticos no han de ser cuarteles donde se alisten tropas para el servicio de potencias estrangeras. Débese cuidar mucho de que sean planteles de sabios y virtuosos sacerdotes; de escelentes ciudadanos; de súbditos fieles de S. M. la Reina [Q. D. G.]

¡Oh! ¡Cuanto aumentaria la gloria y el poder de España un cuerpo eclesiástico salido de los *seminarios nacionales*, y educádo en ellos como queda dicho!

Sí: la gloria y el poder: porque las fuerzas intelectuales y morales, bien desarrolladas, centuplan la potencia de las fuerzas materiales. cuando se trata de una nacion.

Ya me parece oigo clamar á ciertos economistas y á ciertos

Ayuntamiento de Madrid

Sabiamente ha dispuesto la reina nuestra señora se estudie públicamente la higiene, aplicada á la ciencia del gobierno. Ahora ¿dará menos frutos esta ciencia estudiada en los *seminarios nacionales*, que cursada en la universidad de Madrid?

XII.

Distinguense en la higiene: 1.° el sugeto; 2.° la materia; 3.° las reglas.

El *sugeto de la higiene* es el hombre, considerado ya individualmente y bajo el respecto de los diferentes carácteres fisiológicos que le son propios; ya colectivamente y en sus relaciones con los climas que habita; con la sociedad de que hace parte; y con los diversos modos de vivir que puede adoptar.

La *materia de la higiene* la comprenden toda los escritores modernos en las seis clases siguientes 1.ª *circunfusa*; 2.ª *applicata*; 3.ª *ingesta*; 4.ª *excreta et retenta*; 5.ª *gesta*; 6.ª *percepta et animi pathemata*.

Las *reglas de la higiene* nos enseñan el modo de usar de todas esas cosas, para conservar al hombre sano, y desarrollar *su perfectibilidad*.

XIII.

Mas si estos conocimientos son tan útiles á toda la especie humana; si todas las religiones abundan en preceptos higiénicos ¿ cómo podrá prescindir de ellos el sacerdote de Jesucristo, cuya sabia y santa doctrina es la civilizacion por escelencia?

No puede; ó al menos no debe prescindir: porque los vicios de los hombres dependen, con frecuencia, de su temperamento; y estos vicios de temperamento vanamente se intenta corregirlos con preceptos morales y religiosos, si no se aplican al mismo tiempo medios higiénicos.

Con razon decia un célebre médico de la antigüedad: *traiganme los que se hallan dominados por la gula, por la lujuria, por la cólera; traiganmelos: yo los curaré.*

XIV

El sacerdote necesita de los conocimientos higiénicos no solamente para dirijirse á si mismo, sino para dirijir acertadamente á los demás. Sino adopta los principios indicados en el art. X. de esta carta, bien podrá ser un obispo Perigord, un cardenal Richelieu, ó un Leon décimo: pero jamas llegará á ser un cardenal Jimenez.

políticos [hijos naturales de los metafísicos materialistas] contra los gastos que los nuevos seminarios causarian. Pero es evidente que con lo que cuestan los actuales seminarios, y con lo que quince ó diez y seis obispados y catedrales, que estan de sobra en la península, consumen, habria para organizar la educacion eclesiástica del modo mas sólido, mas completo y mas útil á la patria.

XV.

Asi como hay *vicios de temperamento*, hay tambien *virtudes de temperamento*. El hombre dotado del temperamento templado; de aquel temperamento en el cual los elementos que le componen se balanzan mutuamente, sin que ninguno de ellos domine sobre los otros; este hombre tiene mucho adelantado para ser bueno, sensible, justo.

Ese es el carácter del verdadero ministro del altar; y los institutores de la juventud que se dedica al sacerdocio, no pueden (sin faltar á sus sagrados deberes) omitir medio alguno de los que conducen á formarle ese temperamento, á adquirirle ese bello é interesante carácter.

XVII.

Dice V., señor cura, en su carta del 4, que comprende bien la utilidad de la agricultura:—«porque conviene mucho que un clérigo tenga el granero, la despensa y la bodega bien surtidas; con ademas un buen gallinero y dos enormes cerdos en el traspatio.»

Añade V.:—«que este es el modo de tener la familia contenta; y de que haya paz en la casa: porque el buen eclesiástico debe vivir retirado del mundo.»

Por eso no le gustan á V. los *sacerdotes mundanos* que pasan su vida entre el comedor del magnate, el canapé y el tocador de la coqueta.

Mas, Sr. cura ¿què importa que el vicio sea su barita ó beocio, si siempre es vicio?

XVI.

Pero confesando V. la utilidad de la agricultura (que V. vé á su modo) niega V. que las bellas artes y las bellas letras convengan al sacerdote.

¿Será posible, Sr. cura, se le oculte á V. todo lo que hay de celestial en un jóven, puro y hermoso sacerdote que, imitando, en esta parte, al profeta Rey, canta, acompañándose con su harpa, las alabanzas del Señor? (1)

Diciembre 24 de 1851.

M. V.

(1) No omitamos medio alguno para conseguir gravar profundamente en los corazones de nuestros hijos la santa-súblime y consoladora religion del hombre-Dios.

Pero trabajariámos en vano, si clérigos sin ciencia, sin *fé* y sin moral, se empeñasen en allanar el camino al charlatanismo corruptor de ciertos filósofos.

La reorganizacion del clero, y la educacion que este recibiria en los *seminarios nacionales*, contribuirian poderosamente á la estirpacion de aquel cancer social.

Ayuntamiento de Madrid

DISCURSO PRONUNCIADO

EN LA SOLEMNE INAUGURACION DEL AÑO ACADÉMICO DE

1853 A 1854.

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL,

por el doctor

D. PEDRO F. MONLAU.

catedrático de psicologia y lógica.

———

(*Continuacion al num.* 55)

En los ramos que comprende la erudicion pura, como la filologia, la arquéologia y la historia propiamente dicha, ciertamente que tampoco nos hemos quedado estacionarios. Los descubrimientos hechos de un siglo á esta parte, los monumentos preciosos arrancados á la destruccion y al polvo, los antiguos símbolos desnudados del velo que los encubria, y los antiguos dialectos exhumados y descifrados tras largos siglos de olvido, son triunfos pacíficos, cuya importancia no á todos es dado comprender, pero triunfos verdaderos que enaltecen la inteligencia y pasman la imaginacion.

En punto á instituciones, leyes y costumbres; en punto á aquellas relaciones sobre que descansa la sociedad humana, es indisputable tambien la perfeccion que hemos alcanzado. Ya no es la fuerza la que gobierna el mundo, sino la inteligencia, ó mejor dicho, gobiérnanlo la justicia y la humanidad, que todavía están mas altas que la inteligencia. La guerra no es ya la última razon de las naciones y de los reyes. El hechizo de las ciencias, los portentos de la industria y la intrepidez del comercio van borrando los ódios añejos y las rivalidades tradicionales de pueblo á pueblo: la navegacion, antes reducida, tímida y lenta, y hoy estendida, osada y veloz, ha dado vida y animacion á nuestras costas, ha borrado toda distincion entre islas y continentes, y nos está sirviendo de vehículo para llevar la luz del evangelio y los demás beneficios de la civilizacion á los climas mas remotos; la Europa no forma ya casi mas que una vasta confederacion; la esclavitud ha desaparecido de todos los paises cultos; la igualdad civil está á punto de prevalecer en aquellos que aun no la tienen establecida; y todas las clases de la sociedad europea empiezan á convencerse de que el principio de asociacion no está en manera alguna reñido con el de subordinacion, comprendiendo bien que no hay órden social posible sin jerarquías legítimas.

Al propio tiempo que la idea de justicia hace triunfar poco á poco todos los derechos, el sentimiento de humanidad va dulcificando todas las penas. Asi por ejemplo aquellos suplicios monstruosos, baldon y oprobio de los siglos que ya fueron, aquellos castigos sangrientos, que servian mas bien para pervertir que para corregir á los hombres, están proscritos tanto por las leyes como por las costumbres modernas; y hasta para los mas grandes crímenes la pena de muerte va siendo una excepcion cada dia felizmente mas rara.

Todos estos hechos, señores, son de tal naturaleza, que no hay sistema ni espíritu de partido que valga para oscurecer su realidad, ó amenguar su importancia.

Respecto de la vida y de la salud, reina entre algunos la preocupecion de que en nuestros dias la vida humana es mas corta, y mayor el número de enfermedades que la acibaran. Mas esta preocupacion se desvanece fácilmente con solo atender á que la cuestion es de guarismos, y á que los guarismos en todas las naciones cultas que llevan una mediana estadística demuestran victoriosamente que al compás de la civilizacion la poblacion se aumenta y la mortandad se disminuye. Consecuencia de este hecho es que la *vida probable* ha crecido extraordinariamente, como que en algunos puntos de Europa (Ginebra, verbi gracia) su cifra se ha quintuplicado de tres siglos á esta parte. Y la *vida media* se ha aumentado tambien de un modo considerable, en razon directa del progreso civilizador y de las comodidades que le acompañan: la duracion general media de la vida, en Francia, por ejemplo, el siglo pasado, era de 28 años, y hoy es de 36. No hay que dudarlo, señores: á pesar de cuanto en contrario se diga, cada uno de nosotros lleva en los surcos de su frente mas probabilidades de vida que los sóbrios conciudadanos de Licurgo, se vive mas hoy que en tiempo de los atletas y de los gladiadores, de los circos y de las palestras, y, viniendo á tiempos menos remotos, se vive mas hoy que cuando nuestras calles eran una especie de focos permanentes de infeccion, y cuando en nuestras iglesias el hedor de los cadáveres subia confundido con el aroma del incienso hasta el tabernáculo del Señor; se vive mas hoy que cuando la policía de la salubridad, de comodidad y de ornato, eran nombres sin sentido, ó, por mejor decir, no ecsistian. Pero ! qué mucho si la civilizacion moderna, ó la higiene pública, que es en esta parte su reflejo, ha foméntado y robustecido prodigiosamente todas las condiciones de longevidad!

No menos errónea es la creencia de que en el dia hay mas enfermedades, ó que estas son mas mortíferas que en otros tiempos. Léjos de esto, la civilizacion ha anulado aquella desastrosa peste negra, aquellos tifos epidémicos sin cesar reproducidos, aquella asquerosa lepra, aquel horrible fuego de San Anton y las demas gangrenas espontáneas que aterrorizaban y despoblaban la Europa antes del siglo XVI; la civilizacion ha extinguido el escorbuto de las tripulaciones, perfeccionando la higiene naval en términos de que los buques dan hoy la vuelta al Globo sin tener ni una sola baja; la civilizacion ha hecho perder á los contagios mas groseros la feroz intensidad de sus primitivas apariciones; la civilizacion, por último, cura las enfermedades comunes por medio de una terapéutica cada dia mas sencilla, cada dia mas racional y certera. Si en algunos distritos rurales reinan todavia á manera de fatal endemia, las calenturas intermitentes, ó si en nuestros centros populosos la tísis frustra tempranamente la esperanza de centenares de familias, no lo imputeis á la civilizacion, sino á la falta de civilizacion, á los restos de ignorancia y de abandono que todavía subsisten, y subsistirán en mayor ó menor escala, hasta que el progreso civilizador haya consumado su obra. La civilizacion no engendra enfermedades, no, antes bien las

Ayuntamiento de Madrid

extingue, ó bien las precave, y cuando menos las remedia ó las mitiga. Preguntad por la patria de los contagios mas formidables; y respecto á la peste os dirán que es el Egipto, pero no el Egipto de los Faraones y de los Ptolemeos, sino el Egipto bastardeado y decaido de su antigua esplendorosa civilizacion; respecto de la fiebre amarilla, os dirán que es el litoral americano mas atrasado en punto á higiene pública; y para el cólera morbo os señalarán su pestilente cuna en las infectas orillas del Ganges, que baña las mas hermosas, pero las mas incultas, regiones de la India. La barbarie es la que mata; la civilizacion es la que salva: la barbarie africana es la que nos trajo la viruela; la civilizacion europea es la que ha descubierto la vacuna.

Quede sentado, pues, que en nuestros tiempos han progresado asombrosamente las ciencias exactas y naturales, las filológicas, las políticas y las económicas; que igual benéfica progresion han seguido las artes y la industria; que á consecuencia de estos progresos se han aumentado las comodidades y se ha defundido el bienestar general; y que, por resultado de todo, se ha hecho mas larga la duracion de la vida humana, y mas corto el catálogo de las enfermedades.—¿Es esto un mal?

IV.

No quieren, sin embargo, darse por vencidos los tenaces y oficiosos censores de nuestra civilizacion. Derrotados en el campo de las ciencias y de las mejoras materiales, acojense presurosos al terreno de la moralidad, y allí colocan sus baterias pretendiendo vengar su derrota. Sigámosles en ese nuevo terreno, apaguemos sus fuegos y destruyamos sus últimos reductos.

Desde luego fuera cosa bien peregrina la coexistencia de esa corrupcion moral que se pondera, con la perfeccion que en la vida física y en el órden material hemos demostrado. Porque ello es innegable que la íntima union de la parte física con la parte moral del hombre, de las sociedades y de la humanidad, sigue siendo hoy tan necesaria y proporcionada como siempre ha sido; no me negareis tampoco que *mores temperamenta sequuntur*, como que el rostro es el cristal que refleja el estado interior del espíritu, como se ha dicho en todos tiempos, nada tiene que temer la civilizacion contemporánea, por cuanto su galanura y lozania de su aspecto físico, ciertamente que no son ni pueden ser señales de depravacion moral. Por otra parte, cuando nos remontamos á los tiempos bíblicos, y leemos en los libros santos que la tremenda catástrofe de la cual solo se salvó la familia de Noé, no fué mas que un justo castigo de la aniversal corrupcion de costumbres (*corrupta est autem terra coram Deo, et repleta est iniquitate... Omnis quippe caro corruperat viam suam super terram*: Génesis, capítulo VI, v. 11 y 12); cuando la historia nos revela la profunda depravacion que corria al imperio Romano en la época de su vergonzosa decadencia; cuando hechamos una ojeada retrospectiva á la edad media, tiempo de turbulenta y dolorosa memoria, noche feudal cuyas sombras cobijaron tanta abyeccion, tanta inmoralidad y tantas iniquidades; el ánimo se esplaya satisfecho, y con justo engreimiento provoca el parangon de unas épocas con otras, con la seguridad de que la presente ha de quedar muy airosa en la prueba. Tranquilas pueden estar las sociedades modernas, y escuchar con calma los cargos de inmoralidad y corrupcion que se les hacen.—Veamos cuales son esos cargos.

«Si, dicen los *laudatores temporis acti*; si, es verdad que vuestros laboratorios y museos, vuestros talleres y vuestra industria, vnestros ferro-carriles y vuestros telégrafos, atestiguan algunos progresos y verdaderas mejoras en el orden material y científico; pero en el órden moral retrocedéis de la manera mas espantosa. Estais poseidos de un vértigo y, tal vez sin advertirlo vosotros, correis á un abismo de perdicion. Con vuestros flamantes sistemas de gobierno, con vuestra filosofía racionalista, con vuestra literatura emponzoñada, no haceis mas que encender las ambiciones, galvanizar el cerebro de la juventud, y por consecuencia de todo, aumentar de un modo casi fabuloso la cifra de la locura y del suicidio. Con vuestras seductoras teorias económicas, con vuestro delirante culto de los intereses materiales, con los descubrimientos de vuestras ciencias y los inventos de vuestra industria, no lograis otra cosa que crear nuevas necesidades; y como son pocos los que pueden satisfacerlas cumplida y legítimamente, son muchos los que tratan de alcanzar su satisfaccion por medio de la violencia ó de la astucia: testimonio de esta verdad son los espantosos guarismos, cada dia crecientes, de la estadística criminal. Los que no tienen valor para un atentado, ó fortuna para consumarlo segun sus intenciones, van á enconar esa lepra social, cada vez mas hedionda, que vosotros mismos habeis denomido *pauperismo*. Por último, con vuestra libertad de costumbre, con vuestra educacion indulgente, con vuestras frecuentes reuniones de hambos sexos, y con vuestra llamada amenidad de trato, habeis dado rienda suelta á las pasiones mas inmundas; la prostitucion y el libertinaje campean con escándalo por todas partes, profanando el santuario de la familia, y aumentando lastimosamente el número de los nacimientos ilegítimos. Podreis tener mucha ciencia pero de seguro teneis pocas virtudes. Vuestra cabeza podrá ser muy fuerte, pero vuestro corazon está podrido. ¡Hé aqui los frutos de esa decantada civilizacion. *!*»

No, se dira, señores, que he atenuado los cargos: el cuadro no puede ser mas sombrio, porqne he cargado el pincel en la paleta de mis propios adversarios; pero felizmente otras cuatro pinceladas serán suficientes para restituir al lienzo su verdadero colorido. y pocas palabras bastarán para haceros comprender que entre todos esos cargos no hay ni uno solo que no sea calumnioso, ó que no esté inconsiderablemente abultado.

Acusan á la civilizacion moderna de que aumenta la frecuencia de la enajenacion mental, y fundan este cargo en la estadística de los manicomios. Mas, en primer lugar, no hay siglo, no hay época, que no haya tenido alguna idea fija dominante, alguna pasion, alguna mania, alguna preocupacion, ó alguna estravagancia, que determinara un sacudimiento morboso en el ánimo de aquella turba de cabezas flojas que los médicos alienistas llaman la *primera materia* de la locura. La demonomanía en algunos siglos pasados; la erotomanía en tiempo de los trovadores y de los caba-

Ayuntamiento de Madrid

lleros audantes; la corea epidémica en la edad media; el tarantismo en el siglo XV; la brujeria y la magia en el mismo siglo y los tres siguientes, nos revelan la serie lastimosa de las aberraciones del espíritu humano. ¿Que tiene de particular, pues, que en nuestros dias las oleadas de la política, y la crisis de la industria ó del comercio, ocasionen algunas monomanías ambiciosas ó melancólicas? Niego, empero, que su número sea mayor que en otros tiempos; y niego, sobre todo, el valor que se quiere dar al aumento que en sus guarismos ofrecen las tablas estadísticas, porque en ellas no se calcula el aumento general de la poblacion, el aumento de casas de orates, las reformas en estas introducidas, y los progresos de la medicina en el tratamiento de la locura; sircunstancias que, con otras varias, hacen figurar en los estados considerable número de dementes que hubieran permanecido encerrados en sus casas, sustraidos á toda estadística, ó que habrian sido confinados al lobrego calabozo de una cárcel, como sucedia en tiempos no muy remotos. No; entre civilizacion y locura no hay la menor relacion de causalidad: lo mas que puede haber es mera coincidencia; y esta coincidencia es un hecho complejo que se descompone en muchos elementos, los mas de los cuales nada tienen que ver con el progreso social. Al contrario, la civilizacion moderna puede pregonar, con gloria suya, que ella fué la primera que, por boca del filantrópico Howard, protestó contra el inhumano trato que se daba á los iufelices enagenados, que ella los sacó de sus mazmorras y rompió las cadenas con que desapiadadamente se les aherrojaba, sustituyendo medios de represion mas eficaces á la par que menos aflictivos: la ciencia moderna, en fin; es la que puede alegar como uno de sus méritos mas revelantes, y como uno de sus servicios mas trascendentales, la demostracion de que el espíritu no enferma, ni puede enfermar; que en los maníacos no hay nada de sobrenatural ni de maravilloso, como se creia en otros tiempos; y que la causa eficiente de la locura consiste en lesiones puramente materiales del órgano que sirve para las meditaciones del pensamiento.

En cuanto á esa desmesurada locura llamada *suicidio*, tampoco es cierto que se note con mas frecuencia en nuestros dias, Pues qué! ¿no ha habido en todas épocas y en todas naciones, pérdidas en el juego, ambiciones frenéticas y pesares profuntos, remordimientos y deshonras, miserias sin consuelo y crímenes sin arrepentimiento, amores burlados ó contrarios, esperanzas frustradas, y dolores físicos insoportables? Estas y las demas causas predisponentes y ocasionales del suicidio no solo han obrado siempre, sino que en tiempos bien apartados de los nuestros, esa perversion deplorable del instinto conservador, ocasionó estragos verpaderamente epidémicos, estragos muy superiores á los que hoy arrojan las estadísticas de los paises de Europa. En tiempo de Séneca el suicidio fué como contagioso; muchos varones esclarecidos, varios guerreros famosos se dieron la muerte por sus propias manos: los hombres, dice nuestro filósofo cordobés (epistola XXIV), sentian una especie de necesidad de morir; la vida les parecia una cosa supérflua. Horacio nos refiere igualmente en sus sátiras (lib. II, sátira 3.ª) que el puente Fabricio habia adquirido tristísimo renombre por el considerable número de personas que desesperadas iban á precipitarse desde él á las aguas del Tiber. Léanse tambien los tres libros de San Juan Crisostomo á Estagira, y se veran los desastrosos efectos que por aquel tiempo producia la *athymia* ó la melancolía suicida: registrense las obras de los escritores eclesiásticos de los primeros siglos, y se encontrarán lúgubremente pintados los estragos que causara en los claustros la *accidia* ó el tedio de la vida; recuérdense, por fin, las locuras homicidas de los demonólatras, particularmente en los siglos X y XI. y se verá bien claro, cuan inocente está la civilizacion moderna del cargo que se le hace en órden al aumento de suicidios.—La destruccion del hombre por si mismo es un hecho que depende de sus pasiones, y no de su grado de iustruccion ó de cultura. La mayor parte de los suicidios atentan contra su vida en el paroxismo del dolor, de la cólera, de la desesperacion ó de la locura, y estos suicidios *accidentales*, cometidos en la fuerza del delirio, son hechos que ningun valor tienen en los cálculos de la estadística moral. En cuanto á los suicidios *meditados*, baste decir que una educacion verdaderamente cristiana, una razon ilnstrada y un régimen de vida conforme á las leyes de la fisiología y á los preceptos de la higiene, los harian completamente imposibles: y como la civilizacion no es otra cosa que el resúmen de aquellas tres condiciones, claro aparece que la civilizacion, lejos de favorecer el suicidio, es su mas eficaz y provado antídoto.

Otro tanto debe decirse en punto á la criminalidad. Esos atentados que la prensa periódica se entretiene en consignar uno por uno, y que mas que por su número abultan por lo minucioso de sus relatos, asi como esas estadísticas judiciales que anualmente se publican, solo estremecen porque levantan el apósito de una llaga que nunca habia sido sondada, que nadie siquiera podia, ni osaba, poner francamente al descubierto, como lo han puesto en nuestros dias los gobiernos de los paises cultos. Infinitamente mas os estremeceriais si fuera posible presentaros la estadística criminal de cualquier período de los siglos últimos: entonces cotejariamos, tomando en cuenta la mayor poblacion actual, y entonces veriamos cual mal parados saldrian del cotejo aquellos *buenos tiempos* de ignorancia y de miseria, de falta de comunicaciones y de vigor administrativo, en que no se conocia la policía preventiva, y en que los criminales luchaban á brazo partido con la justicia. La historia de las atrocidades mas inauditas y la biografía de los criminales mas famosos no las encontrareis en los anales de la civilizacion moderna: la selva negra y los montes de la Calabria por cierto que no han adquirido en nuestros dias la pavorosa celebridad de que disfrutan. Por el pronto la civilizacion moderna ha disminuido considerablemen el número de atentados contra las personas; y lícito es presagiar que, por resultado de sus estudios y consiguientes mejoras en el órden económico, en los procedimientos judiciales, en el sistema penitenciario, en la difusion de las luces y de la educacion pública, conseguirán las sociedades europeas reducir al minimun posible, la cifra de los atentados contra la propiedad.

(*Se continuará*).

Ayuntamiento de Madrid

Convocatoria á oposicion.

D. Tomás Belestá, rector de la misma, etc.—Hago saber que por real órden de 29 de agosto próximo pasado se ha creado en la facultad de medicina de esta universidad una plaza de profesor clinico, dotada con el sueldo de 6,000 rs. anuales: que se proveerá por oposicion, y los que aspiren á la mencionada plaza presentarán sus sslicitudes en esta escuela dentro del término de treinta dias, á contar desde esta fecha, acreditando la edad de veinte y cuatro años cumplidos, haber observado una conducta moral irreprensible y ser doctores en medicina y cirujía.

Los ejercicios de oposicion se verificarán en esta Universidad del modo prevenido en la real órden de 1.° de setiembre de 1851, cuyas disposiciones son las siguientes:

1.ª Se admitirán á oposicion para la plaza de profesor clinico á los doctores en la facultad de medicina.

2.ª El tribunal se compondrá de seis catedráticos de la Facultad en que haya de proveerse la vacante, siendo suficientes los votos de cinco de ellos para poder presentar la propuesta. En el caso de que los seis asistieren á todos los actos de oposicion, dejará de votar el mas moderno. Será presidente del tribunal el decano, si forma parte de él, ó en otro caso el catedrático mas antiguo, y hará de secretario el mas moderno.

3.ª Se dará un plazo de treinta dias para que los doctores en la facultad de medicina que aspiren á la plaza puedan formar la oposicion.

4.ª Concluido este plazo se reunirán los jueces para instalar el tribunal, con arreglo á lo prevenido en el artículo 127 del reglamento de 1847, formándose las trincas y anunciándose el dia y hora de los actos, en conformidad á lo prevenido en los artículos 128 y 129 del mismo reglamento.

5.ª Los actos serán dos, consistiendo el primero en la esposicion de la historia médica completa de un enfermo, y el segundo en practicar una operacion en el cadáver.

6.ª Para el primer acto se pondrán en una urna ocho cédulas correspondientes á otros tantos enfermos, de los cuales cuatro serán de medicina y otros cuatro de cirujía. El actuante sacará una cédula y pasará inmediatamente á examinar al enfermo que le haya tocado en suerte por el tiempo que fuese necesario, no pasando de media hora. Concluido este exámen, que deberá hacer en presencia del secretario del tribunal, se le incomunicará, dándole dos horas de tiempo para que se prepare y haciendo en seguida delante del tribunal la historia del mal, sus causas, diagnóstico, pronóstico y método curativo. La exposicion de la historia del mal, á la cual deberá añadir el actuante cuantas consideraciones creyere interesantes acerca del mal en general, no tendrá tiempo limitado, y luego que la concluya, los contrincantes, que habrán examinado al enfermo durante la incomunicacion del actuante, le harán objeciones durante veinte minutos cada uno de ellos.

7.ª Para el segundo acto el tribunal preparará diez cédulas con otras tantas operaciones. El actuante sacará dos, de las cuales elegirá una, y se le incomunicará inmediatamente por espacio de tres horas, dándole los ausilios necesarios para hacer la operacion y los libros que pidiere. Concluido el término prefijado espondrá detalladamente delante del tribunal la historia de la operacion que ha cabido en suerte, espresando los diversos métodos puestos en práctica hasta el dia, dando las razones de preferencia del que haya elegido y demostrando al mismo tiempo sobre el cadáver el proceder por el que la haya practicado.

8.ª El tribunal obrará además en todo lo relativo á todo lo relativo á la oposicion en conformidad á lo prescrito en los artículos 140 y 141 del espresado reglamento.

Lo que se inserta en la Gaceta de Madrid y periódicos oficiales de este distrito universitario para conocimiento de las personas que aspiren á la citada plaza.

Salamanca 25 de setiembre de 1853.—El rector, doctor *Tomás Belestá*.

—

—Algunos habitantes de la villa de Bilbao, noticiosos de los estragos que el cólera está haciendo en Newcastle y otras ciudades del oeste de la Europa y de los casos ocurridos en Liverpool y Lóndres al saber la llegada á nuestro puerto de algunos buques de aquella procedencia, han temido seriamente los efectos del contagio. Debemos anunciar para su tranquilidad que la balandra *Pomona* hace muchos dias que navegaba por esos mares y que ha sido puesta en cuarentena incomunicada, y que el bergantin goleta *Petra*, procedente de Lóndres, sufre la observacion de una demasiado rigurosa medida por ahora. En Londres los casos de cólera habidos este último mes representan un número mucho mas insignificante que en los anteriores; esta enfermedad, ya endémica en aquellas importantes plazas, no presenta temor ninguno que pueda alarmarnos. La autoridad superior de Bilbao, unida á la junta de sanidad, está tomando algunas preventivas disposiciones para el remotísimo caso de que el cólera pudiera venir á vísitarnos.

Barcelona.—Imp. de Francisco Granell, calle de Arenas de Escudellers.—1853.

Ayuntamiento de Madrid